

De Elías Canetti (en sus notas tituladas *La provincia del hombre* [*Die Provinz des Menschen*, 1973])

Hobbes

Entre los pensadores que no están ligados a una religión, solo los que piensan con suficiente radicalismo pueden impresionarme.

Hobbes pertenece a estos; en este momento, para mí, es el más importante.

Solo algunos de sus pensamientos me parecen justos. Lo explica todo a través del egoísmo y, aunque conoce la masa - la menciona con frecuencia -, no tiene nada que decir al respecto. Pero mi tarea es precisamente mostrar cómo se compone el egoísmo; cómo aquello sobre lo que reina no le pertenece, en la medida en que se origina en otras esferas de la naturaleza humana, precisamente de aquellas hacia las que Hobbes es ciego.

¿Por qué su representación me golpea tanto? ¿Por qué estoy satisfecho con sus pensamientos más falsos, siempre que estén formulados con suficiente radicalidad? Creo que he encontrado en él la raíz espiritual de aquello contra lo que más quiero luchar. De todos los pensadores que conozco, él es el único que no enmascara el poder, su peso, su posición central en toda conducta humana; pero tampoco lo exalta, simplemente lo deja donde está.

El verdadero materialismo, el de los inventos y la investigación, comenzó en su tiempo. Lo respeta sin renunciar a las cualidades e intereses humanos más antiguos.

Él sabe qué es el miedo; su cálculo lo revela. Todos aquellos que vinieron después, y provenían de la mecánica y la geometría, no hicieron más que ignorar el miedo; por lo que este debió nuevamente volver a la oscuridad, donde continúa operando, sin ser molestado ni nombrado.

Hobbes no subestima el peso atroz del Estado. ¡Qué efecto tan miserable, si los comparamos con los suyos, nos hace tantas especulaciones políticas de los siglos siguientes! Junto a él, Rousseau parece un charlatán pueril.

El primer período de la historia moderna que realmente ya incluye en sí mismo lo que somos hoy es el siglo XVII. Hobbes vivió este período con plena conciencia, pensando. Las duras discordias políticas, que tuvo que evitar durante una larga vida, fueron lo suficientemente intrusivas y lo suficientemente peligrosas como para amenazarle. Otro hubiera estado completamente contaminado o quebrado. Pero él supo verlas, al mismo tiempo, desde afuera y desde adentro, rechazando toda hostilidad declarada hasta que sus pensamientos se formaron y ordenaron.

Hobbes está realmente solo como pensador. Hay pocas corrientes psicológicas de los siguientes siglos, de las cuales no podría ser reivindicado como precursor. Él ha conocido, como ya he dicho, el gran temor, y ha logrado expresarlo con la misma claridad total que usó con todas las otras cosas que trató.

Su impiedad religiosa ha sido una fortuna sin paralelo; su miedo no se dejó neutralizar por promesas fáciles. Su apoyo al poder político existente, primero el del rey, el de Cromwell después, no puede en absoluto reprochársele: estaba convencido de la rectitud de estas concentraciones de poder. No explicó, pero registró, su aversión al grito de la masa.

No se puede esperar de nadie que lo explique todo.

Maquiavelo, que es tan exaltado, es solo la mitad, la mitad clásica de Hobbes. Tucídides fue para Hobbes lo que Livio fue para Maquiavelo.

Después de Hobbes, tratar con Maquiavelo tiene solo un interés histórico.

Intuí la importancia de Hobbes hace mucho tiempo. Lo elogiaba ya, para mí, cuando todavía no lo conocía de modo suficientemente profundo. Ahora, después de haber trabajado seriamente en el *Leviatán*, sé que incluiré este libro en mi Biblia ideal, mi colección de los libros más importantes - y por esto entiendo especialmente los libros de los enemigos. Son esos libros con los que uno se afila, no los que nos debilitan porque ya han sido consumidos y agotados hace mucho tiempo. Estoy seguro que de esta Biblia no serán parte ni la *Política* de Aristóteles ni el *Príncipe* de Maquiavelo ni el *Contrato Social* de Rousseau.

Todo sigue atrayéndome hacia Hobbes: su coraje espiritual, el coraje de un hombre lleno de miedo; su erudición autoritaria, que huele con instinto incomparable aquello que debe confrontar en sí mismo y a lo que debe abandonar ahora porque está vacío y seco; su discreción, que le permite mantener pensamientos maduros y robustos durante décadas, y decidir su momento solo, inflexible y despiadado; la alegría por el círculo cerrado de enemigos que lo rodean, a él que es su propio partido, él que deja a muchos la ilusión de poder usarlo, pero que sabe cómo defenderse contra todo abuso; y, aunque sin apuntar al bajo poder, hace exactamente lo que quiere para que sus pensamientos sean escuchados; su tenacidad, que se acompaña de tanta vivacidad y frescura de espíritu; su desconfianza de los conceptos - ¿qué otra cosa es su "materialismo" - y también su longevidad. A veces me pregunto si, en mi fascinación por él, los 91 años que vivió no tuvieron un papel exagerado. Porque con los resultados de su pensamiento como tal casi nunca estoy de acuerdo: su superstición matemática no me dice nada y su concepción del poder es, precisamente, la que quiero destruir.

Pero confío en él; los procesos de su vida y pensamiento me parecen genuinos. Es el antagonista que escucho; nunca me aburre y admiro la solidez y la fuerza de su idioma. La fe supersticiosa en el concepto, en filósofos posteriores, es mil veces más desagradable que su superstición matemática.

Confío en él y en sus años. Me auguro, es verdad, tantos años como los que él vivió; de hecho, ¿de qué otro modo podría llegar a la misma constancia para probar, confirmar y validar de la misma manera mis experiencias fundamentales, que hoy son las mismas para todos? Solo hay que darles tiempo para penetrar hasta el fondo.

Los grandes enemigos: ¿Hobbes, de Maistre, Nietzsche?

Entre los “terribles” pensadores que admiro están Hobbes y de Maistre.

Por eso los cito a ambos, Hobbes y de Maistre: aunque eran muy diferentes entre sí, los dos nos dejaron los pensamientos que se dieron en sus cabezas, y en las manifestaciones de sus vidas se mantuvieron simples.

Hobbes en *Sulla paura* (2011) de Danilo Zolo

Para abordar el tema del miedo desde un punto de vista político es obvio que el autor de referencia debe ser Thomas Hobbes, el primer autor que rompió los puentes con la tradición aristotélica-tomista y que se distanció de la reflexión grociana. En Hobbes, como se sabe, el estado de naturaleza es una metáfora referente a una hipotética guerra de todos contra todos Pero es una metáfora que tiene una relación cercana con un evento histórico-antropológico concreto. El modelo teórico que pone Hobbes a punto está ligado a la experiencia del miedo que personalmente experimentó durante las guerras religiosas.

En ese contexto es comprensible que Hobbes haya hecho del miedo el hilo conductor de su antropología político-filosófica. Concibió la institución de un poder soberano - el Leviatán - en base de la convicción realista de que la naturaleza de los hombres es tal que “si no se frenan por el miedo de un poder común, no confían uno en otro y se temen recíprocamente”. Se trata de una especie de desdoblamiento funcional del miedo: por un lado cada sujeto humano tiene miedo de todos los demás, y por otro los sujetos humanos tienen miedo del poder supremo del Leviatán y obedecen estrictamente sus mandamientos para evitar ser sometidos a sus castigos.

Si el poder soberano está ausente o es débil, se desata lo que en *De Cive* llamó Hobbes *bellum omnium contra omnes*. Entonces ocurre una lucha mortal porque cada uno teme al otro: teme que le robe sus bienes y sobre todo ser asesinado. La competencia por la riqueza, por el honor, por el mando o por otros fines egoístas induce a los hombres a la contienda, a la enemistad, a la guerra.

La vía maestra que lleva a cada individuo a la realización de sus propios deseos es el instinto de autoconservación y, por lo tanto, la lucha por dominar, repeler, matar a los adversarios peligrosos para su supervivencia. Pero además - destaca Hobbes - cada hombre nunca está completamente satisfecho porque la necesidad se replantea constantemente: "El objeto del deseo humano no es regocijarse una vez sola y por un instante, sino asegurarse siempre el logro del futuro deseo".

Se podría argumentar que en la geometría ejemplar del miedo, en la que consiste en gran parte la teoría política hobbesiana, se enuncia implícitamente una suerte de ley de conservación, tanto del poder como del miedo y de su perenne correspondencia.

Por un lado el poder originario, del que los individuos abdican a través del *pactum subiectionis*, reaparece concentrado en la forma de la *potestas absoluta* del Leviatán. Por otra parte el miedo, que ha sido asimilado por la función autoritaria y protectora del Leviatán, es, por así decirlo, neutralizado pero no suprimido. Reaparece como la capacidad del "dios mortal" de producir orden y disciplina inculcando miedo. *Metus hominis* y *metus reipublicae* se implican y se condicionan entre sí.

La paradoja del poder político centralizado y absolutista es, precisamente, su capacidad para contener el miedo mediante la propagación del miedo, como ha bien visto el realismo político de Hobbes y Maquiavelo y, a su manera, también el de Nietzsche.

El supuesto subyacente de Hobbes es, por lo tanto, la relación estrecha, inseparable, entre el miedo y la política, donde por miedo debemos entender ante todo la inseguridad colectiva y por política el control autoritario y absolutista de esta inseguridad. Por lo tanto, está claro que para Hobbes la función específica del Estado es distribuir entre las personas contratantes, junto con la ventaja de cierto grado de seguridad, los riesgos de la convivencia, aplicando reglas estrictas e indiscutibles para este fin. Obviamente, el objetivo de la seguridad no tiene ninguna conexión con la moral o la religión, como tampoco lo tiene con la justicia, la libertad y la igualdad. Todo hombre es juez de sí mismo y el Leviatán es el juez de todos.

La seguridad no es más que el resultado de la gestión autoritaria del orden público y de la obediente subordinación de los individuos a la voluntad del Leviatán. Eso les garantiza orden y paz. Se trata, pues, del modelo político que

se afirmó, en los primeros siglos de la época moderna, como el prototipo del Estado occidental, tanto en sus ropajes explícitamente autoritarios, como en los liberal-democráticos de la llamada "representación popular": una representación muy celebrada, pero en los hechos muy incierta y discutible como, entre otros, Max Weber, Joseph Schumpeter y Hans Kelsen han sostenido con autoridad.

Y aún hoy, a caballo de la revolución tecnológica y telemática, y de la creciente complejidad política y social que conllevan, la máxima *homo homini lupus* no parece haber perdido su relevancia. Puede parecer extraño, pero es con Hobbes - y solo con Hobbes - que en occidente la noción de miedo asumió un papel significativo en la filosofía política y, aunque tardíamente, en la sociología del derecho. Sin embargo, no son muchos los autores que, siguiendo los pasos de Hobbes, han abordado el tema de la relación entre el miedo, la política y el derecho.